



Claudio Elórtegui Gómez
Doctor en Comunicación
Director Escuela de Periodismo
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

El gigante aislado

El *Gigante Egoísta* de Oscar Wilde narra la historia de un personaje que, tras regresar a su jardín, decide levantar un muro que lo aísla del exterior. Prohíbe la entrada de los niños y disfruta su espacio en soledad, solo para descubrir que su decisión tiene consecuencias inesperadas: la primavera no vuelve, las flores se marchitan y el canto de los pájaros se extingue. Las risas de los pequeños no se escuchan y el entorno se entristece.

El bello jardín se convierte en un páramo frío y sombrío, atrapado por un invierno eterno. La radical decisión del gigante y lo que experimenta, posteriormente, le hacen pasar una mala jugada. No es hasta que derriba el muro y abre su corazón, que los colores regresan y la vida también.

El gigante de Wilde nos invita a reflexionar sobre lo acontecido esta semana: la tendencia para erigir barreras y desconectarnos de forma unilateral de lo que nos rodea. Tal como el gigante, estos proyectos se ven atrapados en una paradoja. Aunque buscan proteger

lo suyo, la desconexión puede llevar a un estancamiento que afecta no solo al propio país, sino también al panorama global.

Incluso, cuando se decide trabar las puertas del comercio internacional, la cooperación científica y cultural pueden verse seriamente resentidas, aspectos que fueron esenciales para superar dificultades civilizatorias y colectivas recientes, como la pandemia.

Próximamente, el "invierno" se manifestará de formas sutiles y otras profundas. El desafío estará en que nuestras economías no sigan perdiendo dinamismo y las ideas innovadoras no dejen de fluir. El jardín que una vez floreció gracias a la apertura con otros no debe extinguirse, como tampoco podemos renunciar a imaginar que las oportunidades llegan con esas "primaveras" que habitan tras el muro.

A pesar de las dificultades que supone navegar un presente donde las potencias podrían protagonizar una guerra comercial, Chile no debe quedar relegado a una posición meramente reactiva. Desde la periferia puede avanzar con estrategias que conjuguen crecimiento económico, justicia social y cuidado ambiental, en su propia escala y dimensión institucional. La ciudadanía tiene que exigir que este debate por la manera en la que habitamos nuestro mundo, se desarrolle con la altura y la responsabilidad que amerita un inminente periodo de campaña presidencial.

Wilde ofrece esperanza. No la podemos perder. El gigante cambia, se da cuenta de su error y abre su espacio nuevamente. El aislamiento es reversible, pero para que acontezca puede pasar un periodo determinado de años. En ese intertanto, por ejemplo, nuestra diversidad geográfica y climática nos posiciona estratégicamente en la transición energética mundial, con recursos como el litio y el hidrógeno verde.

¿Les dejaremos oportunidades a las generaciones presentes y futuras o seguiremos enfrascados en debates intrascendentes a nivel local, junto con una evidente explotación del miedo y la desconfianza desde quienes tienen tribuna pública y evalúan que las amenazas solo habitan en la alteridad?

Con una política exterior activa y pragmática, Chile puede jugar un rol articulador y colaborativo en foros internacionales, demostrando que la periferia es un espacio de reinención y creatividad, más que un lugar de desventaja y lamentos. El compromiso con la cohesión democrática, en este plano, es fundamental.

Al escuchar y cooperar con el resto del mundo, los países tienen la oportunidad de recuperar lo perdido y avanzar hacia nuevos jardines, más diversos y con mayores posibilidades de encuentro. En un mundo interconectado, la verdadera fuerza reside en la capacidad de compartir, crecer juntos y dejar entrar la primavera. ♦♦

“Con una política exterior activa y pragmática, Chile puede jugar un rol articulador y colaborativo en foros internacionales, demostrando que la periferia es un espacio de reinención y creatividad, más que un lugar de desventaja y lamentos”.